

Diciembre, 1907

Ninguno de los obreros allí presentes podía articular palabra ante lo que sus ojos veían aquella mañana de Diciembre.

Las órdenes habían sido muy concretas: abrir una oquedad en lo que se suponía era un muro firme y sólido en los sombríos subterráneos de la Ópera Garnier, de un tamaño tal que cupiera una gran caja fuerte.

Pocos de ellos sabían con exactitud cuales eran los fines de aquel orificio, y hasta ese momento habían trabajado sin hacer muchas preguntas.

Pero nadie estaba preparado para lo que ese muro, cual ventana a un mundo interior, iba a revelarles en un súbito desprendimiento tras haberlo golpeado con sus picos y mazos.

Ni siquiera el capataz encontraba las palabras adecuadas para despertar del asombro que se había apoderado de sus hombres.

Todo había sucedido muy rápido, sin dejarles tiempo suficiente para reaccionar. Tras apartar los escombros de piedra esparcidos a sus pies, penetraron con cautela en aquella oscura abertura.

Ante ellos se hallaba, cubierto por una densa niebla de polvo que le otorgaba un aspecto aún más fantasmagórico, una habitación completamente amueblada, pero en la cual se notaban atisbos de la furia desmedida de su morador ya que todo se encontraba en un estado de iracundo caos y devastación. Cortinas rasgadas, candelabros esparcidos en una alfombra totalmente destrozada, partituras semiquemadas ocupando buena parte del suelo, muebles volcados en un acto de frenesí...

Sin embargo, aquello no fue lo que despertó el temor y el aturdimiento de los trabajadores. La estancia contigua, separa-

da de la primera por un arco de medio punto en piedra, era en sí misma un lecho de muerte.

Las negras paredes estaban cubiertas por apergaminadas láminas donde se podían adivinar las notas de un Dies Irae; al fondo, ocupando buena parte de la pared frontal, se encontraba un pequeño órgano de color oscuro que hacía resaltar el blanco marfileño de sus teclas aún a pesar del paso de los años. En el frío y oscuro pavimento se vislumbraban extrañas y oscuras manchas a modo de gotas que habían quedado allí como huellas indelebles. Algunos de ellos pensaron que podrían ser de sangre.

En el centro de la estancia, se alzaba una escalonada tarima recubierta por varias alfombras con dibujos orientales en donde reposaba un grotesco ataúd cubierto por un gran dosel carmesí que caía con delicadeza sobre su pulida madera de roble lacado. Rodeándolo, se hallaban dos altas estatuas con rostro cadavérico sosteniendo sobre sus hombros candelabros de seis velas.

Aquella estancia desprendía un halo de misterio aterrador que impregnaba hasta el oxígeno que respiraban.

—*Mon Dieu, c'est le Fantôme...!*

Ante aquella exclamación, el pánico cundió entre ellos haciendo que retrocedieran hasta la habitación anterior. El patrón gritó al ver su reacción.

—¡Nada de tonterías! ¿Me habéis entendido todos?
—Dando una sonora palmada con sus enormes manos, y sin dejar que sus subordinados percibiesen ni un sólo rasgo de duda o temor en su voz, continuó—: esto posiblemente sea el lugar de descanso de los antiguos obreros que trabajaron en la construcción de la Ópera; recuerdo que un arquitecto italiano me contó que ocurrió algo parecido en la iglesia *Santa Maria dei Fiori*, en Florencia. Registraremos el lugar para comprobar sus dimensiones y se lo comunicaré inmediatamente al director.

Ante la inmovilidad de los trabajadores, el capataz gritó airado:

—¡A qué estáis esperando!

Para dar ejemplo, él mismo permaneció en el extraño habitáculo iluminándolo levemente con su linterna sorda. Los susurros fueron generalizados; nadie creía que un lugar en donde se encontraba una cámara mortuoria, sirviese de morada a ningún obrero fatigado, pero al capataz no pareció importarle.

Como un explorador en un paraje insólito, caminó lentamente hacia el tétrico ataúd. Poco a poco, las palabras de exhortación que había pronunciado segundos antes con vehemencia a sus trabajadores, iban perdiendo fuerza en su interior. El miedo ganaba terreno de forma alarmante. Pero no podía detenerse ahora; una decena de curiosos ojos le observaban con inquietud a pocos metros y no tenía intención de pasar por un pusilánime.

Cuando llegó ante el féretro, su paso era ya inseguro y sus propios latidos no le dejaban oír su agitada respiración. Aunque retiró con suavidad el dosel rojo que lo cubría, una pequeña nube de polvo explotó ante sus ojos. Agitó la mano ante su propio rostro y se inclinó para ver su interior...

Lo que allí vio le dejó sin aliento y durante unos instantes, le pareció que su corazón se había detenido. Con un respingo, saltó hacia atrás y con voz quebrada susurró, mientras se llevaba una mano a su sudorosa frente:

—Mierda, ¡es un esqueleto!

La alarma cundió entre los obreros. Todos habían escuchado rumores acerca de un espíritu que merodeaba por aquel edificio y ahora les parecían más que ciertos.

Nadie quiso entrar para comprobarlo con sus propios ojos, ya habían tenido suficiente. Querían avisar al director cuanto antes y desaparecer de aquel funesto lugar.

Así lo hicieron. Sin embargo, no se percataron que uno de ellos no les había seguido.

Jules se quedó estático, mirando fijamente la estancia. Por sus ojos pasó el destello de un súbito propósito.

Cogió una de las linternas que los trabajadores habían abandonado en su precipitada huida, y pasándose la lengua por sus secos labios meditó brevemente acerca de lo que se disponía a hacer.

Iluminó el habitáculo desde el umbral que formaba el arco de medio punto. Todo parecía más siniestro sin las luces de sus compañeros y las sombras que su propio farol creaba en los diversos objetos le hicieron temblar. Dio un paso atrás y estuvo tentado de desechar su idea y salir corriendo.

Pero algo le impulsó a seguir avanzando. Tenía que haber algún objeto de valor en aquel lugar, lo intuía. Concentró todas sus energías en ese pensamiento y entró en la sala.

Enfocó con su tenue luz las paredes, una de ellas estaba adornada con unas rasgadas cortinas color vino. Aspiró el rancio aire con fuerza, como infundiéndose valor a sí mismo; olía a humedad y a madera carcomida. La luz volvió a descubrir aquellas estatuas representativas de la muerte y de ellas nacieron alargadas sombras, cual quimeras fantasmales acechando cada uno de sus pasos. Las sudorosas manos de Jules temblaban. Quizás no hubiese sido buena idea adentrarse allí dentro, después de todo.

Pudo vislumbrar una opulenta alfombra persa, arrugada y deformada, cuyos arabescos habían sido borrados por el tiempo y el polvo; varios candelabros negros se hallaban desplomados sobre ella, con la cera marchita de sus velas incrustada en la tela a modo de viejas heridas.

Iluminó un destrozado busto de Mozart, cuyos fragmentos se hallaban esparcidos sobre cientos de partituras. El obrero sintió un escalofrío en la espalda al observar la blanquecina faz

del compositor. Su rostro era lo único que se había salvado de acabar hecho añicos, y sus marmóreos ojos sin vida le miraban fijamente, como si supiesen lo que subyacía en su mente. Alejó la linterna de él y siguió andando. Sólo se oía su respiración y el crujir de las partituras bajo sus pies.

Intentó no dejarse intimidar por el ataúd, pero no lo consiguió. Se santiguó de nuevo y enfocó su interior. El capataz había dicho la verdad; allí dentro, con los brazos cruzados, como si de una momia se tratase, se hallaba un esqueleto. Sus vacías cuencas le observaban desde ultratumba. Su ropa jironada parecía haberse adherido a su osamenta formando un conjunto visual realmente tétrico.

Jules, sobresaltado, tosió y contuvo la respiración tratando rápidamente de iluminar otra parte de la sala. Parpadeó varias veces antes de distinguir el maltrecho órgano cubierto de telarañas y denso polvo. Pero al enfocarlo mejor, pudo ver, en uno de sus lados, una forma nueva, apoyada contra el instrumento. Se aproximó rápidamente y se inclinó ante ella. Dejó la linterna en el suelo y levantó el objeto con ambas manos. Era un estuche; un estuche de violín.

Jules respiró hondo. Probablemente aquello sí mereciera la pena.

Lo abrió con cuidado y trató de atisbar su contenido con la poca luz que emanaba de su linterna. Sonrió con complacencia. Sí, definitivamente, aquello valía la pena.

Volvió a cerrar con rapidez el estuche y aferrándolo con fuerza, recogió la linterna y corrió hacia la salida, tropezando en varias ocasiones. Podía sentir las pulsaciones de su corazón en las sienas, golpeándole con dolorosa insistencia mientras huía precipitadamente del lugar.

No podía imaginarse que en sus manos llevaba, sin saberlo, un misterio que perduraría durante años...

En la actualidad

Christelle se despidió de sus compañeras tras abandonar la Salle Pleyel.

Había sido una jornada agotadora. Tras horas de prácticas, el Concierto para violín número tres de Mozart todavía resonaba en la mente de Christelle con cierta monotonía, cuando su mejor amiga, Cloe, le cogió del brazo a la salida de la gran sala de conciertos.

—¿No crees que hoy se han pasado un poco? ¡Acabaré detestando a Mozart!

Christelle rió divertida por el comentario.

—Yo también estoy agotada, no creas. Y si esto son sólo los ensayos para el concierto de Navidad... ¡imagínate cómo serán los exámenes! Recuerda que ya estamos en Octubre, ¡los tenemos a la vuelta de la esquina!

Hacía ya varios años que Christelle había ingresado en el Conservatorio de Música de París; no tenía muchas amistades, pero sentía que encajaba a la perfección.

La música había formado parte de su vida desde que era una niña y a sus veinticinco años, era la clave vital de su existencia. Todavía podía recordar el día en que sus padres le regalaron su primer violín, aunque de eso hacía ya tantos años... Pero sonreía feliz al saber que ellos estarían realmente orgullosos de ella; tanto como lo estaba su tío, con quien vivía tras el trágico fallecimiento de sus padres en un accidente. Se acordaba de ellos todos los días y cuando tocaba el violín, les dedicaba cada nota, cada acorde, cada melodía, como si fuese una promesa o una oración.

Para ella, el violín era un instrumento maravilloso que le impulsaba a expresar todo lo que su corazón sentía; un prodigioso catalizador de emociones capaz de transmitir las mejor que unas simples palabras; una energía pura que poseía el poder suficiente para elevar al ser humano hasta alcanzar sus sueños más lejanos o descubrir sus pasiones más recónditas. Todo ello escondido tras la magia de unas sencillas partituras.

Christelle y su amiga continuaron su conversación hasta la salida de la Cité, donde quedaron para verse la semana próxima. Tenían un arduo fin de semana por delante para preparar los primeros exámenes del trimestre.

Continuó sus pasos mirando el reloj con inquietud. Ya eran más de las tres de la tarde y su tío la estaría esperando. Recordaba que le había pedido ayuda en su trabajo como anticuario; pero hoy estaba demasiado cansada, únicamente quería desconectar y relajarse un poco.

El sol de mediodía se reflejaba en su largo pelo castaño, arrancándole hermosos brillos rojizos mientras caminaba vivazmente hasta llegar a la estación de metro de la Porte Pantin. Cuando las puertas del suburbano se abrieron, subió con celeridad y se sentó en uno de los muchos asientos libres. Siempre escogía el mismo lugar para acomodarse en su trayecto a casa; parecía estar ya esperándola. Puso el estuche de su violín encima de sus muslos y lo acarició con suavidad en tanto que escuchaba el típico pitido de aviso al cerrarse las puertas.

Era un trayecto ciertamente largo hasta llegar a la estación Bastille, pero Christelle iba ensimismada en sus propios pensamientos y los minutos no parecían tener mucha importancia en su viaje. Sus ojos abstraídos reflejaban las fugaces luces anaranjadas de los túneles y de vez en cuando se posaban en los grandes paneles de publicidad de las diferentes paradas, que anunciaban alguna película o evento próximo en la ajetreada ciudad de París.

Pensaba en Bernard, su tío, su única familia tras el fallecimiento de sus padres. Siempre la había cuidado como a su propia hija, y fue él quien la animó entusiasta a inscribirse en la Cité de la Musique. Para él, su sobrina era todo un prodigio y no quería que esa asombrosa capacidad de entender e interpretar la música se perdiese. Cuando Christelle perdió a los suyos, el violín fue su tabla de naufragio, y junto a Bernard, su apoyo máspreciado. Ambos constituían sus ojos vitales.

A su mente acudió, mientras sonreía, la imagen de su primer día en la Cité. Sus dudas, nervios, la aprensión ante todo aquel universo que súbitamente tenía ante sí... y fueron las palabras de su tío las que avivaron nuevamente sus sueños: «Tienes un don, Christelle. Un don maravilloso. Aprovéchalo». Tenía tanto que agradecerle...

Bernard poseía, desde que ella pudiera recordar, un pequeño anticuario no muy lejos de Place Bastille. Ellos vivían en el piso superior, también de su propiedad.

Adoraba aquel establecimiento lleno de lo que ella denominaba «sus tesoros». Incluso parecía entristecerse cada vez que una de aquellas antigüedades era adquirida por un comprador. Siempre ayudaba en la tienda: limpiaba y ordenaba el local, colocaba los diversos objetos en puntos estratégicos de luz para que mostrasen toda su belleza e incluso, en ocasiones, atendía a los clientes cuando su tío no estaba.

Había crecido entre libros ancestrales, estatuas de diosas griegas, escritorios de Luis XIV, lámparas de aceite, cuadros de distintas épocas, muñecas de siglos pasados, joyeros pertenecientes a alguna dama de la antigua aristocracia...

Estaba inmersa en aquellas imágenes cuando escuchó la femenina voz metálica que anunciaba la estación en la que debía bajar.

Con un suspiro jovial, sujetó con fuerza el estuche de su violín y se encaminó rumbo a la Rue des Tournelles, donde se encontraba el establecimiento de su tío, *Atenea*; lo había bautizado con ese nombre hacía muchos años en honor a la diosa griega de la sabiduría.

Era un pequeño local flanqueado exteriormente por dos relieves de columnas salomónicas que le conferían un aire arcaico y solemne. Sobresaliendo del ladrillo rojizo de la fachada, una placa blanca lo anunciaba con grandes letras góticas:

ATENEΑ
Antigüedades, Libros y Arte

Al llegar, saludó con la mano a su tío Bernard a través del escaparate y entró al local.

Vivía allí desde hacía años. Aún así, al entrar, aquel olor mezcla de historia y cultura que empapaba todo cuanto la vista podía abarcar, embriagaba sus sentidos.

Su tío la estaba esperando tras el mostrador de madera y cristal.

—¡Ya estás aquí! Hoy has tardado más de lo habitual, ¿eh? Ven y échame una mano con todo esto.

Miró a su alrededor. La estancia entera se hallaba invadida por completo de multitud de cajas de diversos tamaños. Ya había vivido esta situación en muchas ocasiones: se había recibido material procedente de un almacén o posiblemente de otro anticuario. Así pues, era día de inventario.

Ella miró a su tío con un divertido mohín de cansancio. Bernard se quitó sus gafas de concha y sonrió.

—No te preocupes, te dejo descansar, pero sólo unas horas, ¿de acuerdo? Necesito toda la ayuda posible para desembalar lo que he comprado... Son los Corenthin, ¿sabes? —prosiguió

mientras miraba con sus grandes ojos azules a su sobrina—. Los herederos del anticuario han decidido cerrar el negocio de su abuelo y venderme el lote completo, ¡y a qué precio! ¡No podía desaprovechar una oportunidad así!

A sus sesenta y cinco años, Bernard era un hombre enérgico y emprendedor. La edad ya había comenzado a reflejarse en su cuerpo, en otro tiempo atlético y delgado, pero sus ojos no habían perdido un ápice de su intenso brillo y sus manos seguían teniendo la misma agilidad que en su juventud.

Alentado por una súbita idea de su hermano, el padre de Christelle, alquiló un pequeño local en París y creó un modesto anticuario mostrando los enseres que el arquitecto le había regalado. El negocio prosperó con más rapidez de la que tío Bernard podía imaginar; con la ayuda de su hermano y su cuñada, pudo comprar definitivamente el local y contar con suficiente libertad económica para poder comprar objetos más valiosos. Le debía tanto a su hermano que a su muerte, se prometió a sí mismo cuidar de Christelle, aún una niña, como si de su propia hija se tratase. Y así había sido hasta ahora. Nunca se había casado, a pesar de la insistencia de su sobrina; pero siempre le decía, con una pícara sonrisa, que sus antigüedades eran su más amante esposa.

—Muy bien, no te preocupes —dijo Christelle mientras subía lentamente las escaleras que ascendían al piso superior y se quitaba la cazadora vaquera—, te ayudaré en cuanto me haya cambiado de ropa y descansado un poco, ¡estoy exhausta!

Tío Bernard se quedó mirando como su sobrina se dirigía a su habitación con una sonrisa de satisfacción; siempre podía contar con ella.

Una vez solo, respiró profundamente y continuó su trabajo, abriendo con una palanqueta una de las cajas de madera que se encontraba más próxima.

Con sumo cuidado, extrajo varios objetos, cada uno bien envuelto en polietileno de burbujas. El primero de ellos fue un reloj Napoleón III estilo Baullé con peana, dorado al mercurio; una muy buena adquisición, pensaba Bernard, acariciando con delicadeza la pequeña estatua de Cupido que lo adornaba.

El siguiente objeto fue una esbelta estatua de bronce criselefantina de Luis Felipe de Orleáns a caballo. Bernard frunció el ceño; nunca le había gustado mucho aquel histórico personaje.

Siguió sacando objetos de aquella enorme caja, encontrándose con una cornucopia dorada en la que se podía admirar un retrato de la Virgen con el Niño.

Pudo leer en una nota adjunta: *Anónimo, siglo XVII*. «Buena pieza decorativa, sí señor», reflexionó el anticuario mientras se mesaba sus canosos cabellos.

Acercó otra de las variadas cajas y la abrió con la misma eficacia que las anteriores, pero algo le hizo detenerse. Detrás de ella, vio un curioso arcón de madera con adornos en bronce. Dejando la caja ya abierta a un lado, se aproximó hacia él y pasó sus diestros dedos por su cubierta observando que una llave de metal se hallaba introducida en su cerradura. Lo abrió suavemente haciendo rechinar sus goznes.

Sus pupilas se dilataron al observar lo que se hallaba en su interior. Había encontrado algo que podría ser más que interesante.

Sustrajo con cuidado un viejo estuche de violín y lo observó durante unos breves segundos antes de abrirlo. El aterciopelado tejido de su interior era de un rojo sangre que hacía realzar vivamente el objeto que contenía.

Aquel bellissimo violín emanaba nada más contemplarlo, el hipnótico impulso de acariciarlo y al mismo tiempo el temor incomprensible de rozar tan siquiera una obra maestra como aquella.

Había perdido el sentido del tiempo admirando aquello de lo que sus ojos no podían apartarse. Su espina dorsal emitió una descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo dejando paralizados hasta sus más imperceptibles movimientos.

Tras incontables minutos aspiró una bocanada de aire, cerró sus ojos y elevó su rostro en un gesto cabeceante que denotaba que a su memoria habían acudido palabras impresas en unas viejas cartas...

—¡Es... es el mismo...!



Bernard recordaba con total claridad dónde se encontraban aquellas cartas.

Las había guardado con desmedido recelo, cual valioso tesoro, durante años y las había leído en tantas ocasiones que podría recitarlas sin apenas dudar.

Sus incrédulos ojos volvieron a enfocar el violín. Aquello no podía ser cierto.

Cerró con fuerza el estuche con el instrumento todavía en su interior y volvió a introducirlo en el arcón, cerrándolo con llave.

Se pasó una mano por su sudorosa frente y con la respiración agitada se dirigió con celeridad a su despacho privado, situado tras el mostrador.

Bernard entró con el rostro lívido, encaminó sus pasos hacia el escritorio y encendió la luz de la lamparilla. Abrió lentamente uno de sus cajones y tratando de controlar su acelerada respiración, quitó unos cuantos cuadernillos y apartó varios papeles hasta vislumbrar lo que estaba buscando: una cajita de cristal ornamentada con arabescos de coral negro; una auténtica maravilla que había adquirido a un precio desorbitado hacia muchos años en una subasta de arte.

La cogió con ambas manos, frías y temblorosas, y giró la cabeza para comprobar que su sobrina no había bajado aún de su habitación. Ella nunca solía entrar en su despacho, pero en aquella ocasión el miedo a ser descubierto aumentó su necesidad de sentirse aislado.

Cerró con cuidado la puerta y se mantuvo observando la caja durante varios segundos que le parecieron eternos. Lo que escondía aquel pequeño receptáculo con forma de joyero era un secreto del que nadie tenía conocimiento salvo él.

Meditó acerca de cómo en una caja tan pequeña podía hallarse la respuesta a un enigma por el que la gente seguía debatiéndose todavía.

Contuvo la respiración y la abrió con sumo cuidado.

Dentro, visualizó aquellas cartas, dobladas con esmero y ya amarillentas por el paso de los años, atadas por un fino lazo negro.

Depositó la caja en el escritorio y suavemente deshizo el lazo que las unía.

Parecía que el tiempo se había detenido cuando comenzó a desdoblarlas. Ni siquiera recordaba la última vez que las leyó.

Eran ocho hojas de reducido tamaño y llevaban, como elemento decorativo, un dibujo de flores en tono escarlata en cada esquina superior derecha. La letra escrita con tinta negra, era pequeña y redonda, como la de un niño y en diversas partes, se apreciaban varias salpicaduras de la pluma con la que se escribió.

Bernard sabía exactamente lo que quería leer de nuevo; necesitaba verlo una vez más con sus propios ojos, cerciorarse por completo de lo que ya creía estar seguro.

Escogió una de ellas y la rozó con las yemas de los dedos.

Ajustándose sus gruesas gafas comenzó a leer en absoluto silencio.

Sueño con él casi todas las noches y es extraño, porque en esos sueños siempre siento que me inunda una inefable paz, una dulce melancolía que envuelve todo mi ser.

Quizás sea un signo innegable de que en el fondo de mi corazón le echo profundamente de menos... a él, su voz, su música... Y en esos sueños, como si de retazos de memoria se tratasen, siempre lo observo, escondida tras la pared de su habitación, tocar con una sensibilidad extrema y una destreza que sólo puede provenir del cielo, su preciado violín.

Allí me quedo, absorta en su triste melodía, con los ojos entrecerrados y el pecho palpitante por la emoción que me supone volverle a ver, a escuchar, aunque sepa que se trata únicamente de algo efímero.

Una densa neblina se apodera de la estancia y, sin embargo, yo sigo vislumbrando su oscura silueta moviéndose rítmicamente al compás de la música. Una música que sólo un genio como él podría componer y que atenaza con delicadeza todos mis sentidos.

Quiero avanzar. Dar el primer y decisivo paso que me separe de su amor, desmedido y embriagador; pero me hallo completamente estática, incapaz siquiera de pronunciar su nombre, envuelta por el sonido embrujado de su violín.

Recuerdo el día en que me habló de él y de cómo lo había construido con sus propias manos hacía muchos años.

Podría decirse que ese instrumento albergaba su alma.

Solía tocarlo siempre que yo se lo pedía o cuando se hallaba en un estado de profunda aflicción. Todavía guardo de ese violín una imagen nítida y clara.

Su madera barnizada de color negro era realmente singular y única, tanto como lo era su dueño. Y tenía un precioso grabado en la tapa superior que nunca olvidaré mientras viva: la lira de Apolo coronada por dos serpientes.

Él nunca quiso explicarme su significado. Quizás no fuese merecedora de saber aquel secreto, ni de su sabiduría... ni de su amor.

En mi sueño, sigo reconociendo aquel violín. Lo observo sin parpadear, como si su hechizo hubiese envenenado mi sangre. Paulatinamente él se gira hacia mí y en sus ojos percibo un súbito brillo, como si de ardientes llamas se tratasen.

Antes de despertarme, siempre creo sentir una extraña sonrisa de triunfo tras su máscara...

Para cuando Bernard hubo terminado de leer aquella carta, dos huidizas lágrimas surcaban sus mejillas. Volvió a doblarla con mano temblorosa y la introdujo, junto a las demás, en la caja de cristal.

Se desplomó en su sillón con un profundo suspiro e intentó secarse con un pañuelo sus ojos enrojecidos. Aquella antigua misiva había hecho aflorar sensaciones y sentimientos que hacía años que no experimentaba.

«No puedo creerlo», comenzó a pensar, ya más sereno. «¡Realmente es el mismo!»

Con paso ágil salió del despacho y se dirigió hasta el arcón donde había encerrado el estuche. Giró la llave con gran rapidez y lo cogió con ambas manos.

Cerró los ojos un instante antes de descubrir de nuevo su contenido.

Los abrió lentamente.

Allí estaba. Un violín completamente negro, adornado en su cubierta por un extraño grabado: una lira coronada por dos cabezas de serpientes.

—La lira de Apolo... —susurró, inmerso en sus meditaciones.

«Puedo reconocerla fácilmente por sus tres cuerdas, símbolo de las tres musas guardianas de su santuario en Delfos.»

Bernard aproximó más el violín a sus ojos, que lo escrutaban sin perder detalle.

«¿Qué significará este símbolo? ¿Tendrá algo que ver con su vida? ¿Con su música, quizás?»

Se puso sus gafas especiales de cristales de aumento con las que solía observar los más mínimos detalles en los objetos de su anticuario y las ajustó con precisión para visualizar mejor la pequeña imagen que tenía ante sí.

Parpadeó varias veces antes de comprobar que en la parte frontal de la lira, se hallaba grabada una inicial: E.

Bernard dejó el violín encima del mostrador y se frotó las manos con ansiedad.

Ya no había ninguna duda.

Ése era *su* violín.

Fue en ese momento cuando escuchó los ligeros pasos de Christelle bajando las escaleras.